

SANTA TERESA Y EL MITO DE LA FELICIDAD: UNA MIRADA DESDE LA MAGNANIMIDAD

1.INTRODUCCIÓN	2
2.EL MITO DE LA FELICIDAD	2
3.LA FELICIDAD POSIBLE	3
4.LA VIRTUD DE LA MAGNANIMIDAD	5
5.LA MAGNANIMIDAD COMO PROPULSORA DE LA FELICIDAD	6
6.LA MAGNANIMIDAD EN SANTA TERESA	8
7.A MODO DE CONCLUSIÓN	14
BIBLIOGRAFÍA	15

1.INTRODUCCIÓN

El hombre, como ser que se reconoce a sí mismo, es capaz de percibir que **toda su vida se orienta hacia el alcance de un fin último**, que se encuentra por encima de todos los demás fines trazados a lo largo de su vida. Dicho fin debe ser un bien perfecto y perfeccionador por encima de lo cual no pueda haber nada más perfecto y deseable (*T. Aquino, Summa Theologiae, ed. 2001, Madrid, BAC, I-II, q. 1, a. 4.*) Además, se trata de un **fin deseado**, amado para el hombre. Nos referimos a la **felicidad**. En efecto, para *Aquino* «*La bienaventuranza [felicidad] es la perfección última del hombre. Pero algo es perfecto en tanto está en acto, pues la potencia sin acto es imperfecta. Es preciso, por eso, que la bienaventuranza [felicidad] consista en el acto último del hombre*» (*T. Aquino, S. Th., I-II, q. 3, a. 2.2.*) La búsqueda consciente de la felicidad ha sido y es una preocupación constante para la Filosofía clásica. Pero **¿Qué entendemos por felicidad?** No cabe duda que el entorno –ya sea económico, socio-económico o cultural– al que cada hombre pertenece, ejerce una gran influencia en la definición de felicidad. Las propuestas a lo largo de la historia han sido muy diversas, como diversas han sido también las consideraciones que sobre la esencia del propio hombre se han dado. Sin embargo, **la diversidad de respuestas no ha logrado obviar esta necesidad de alcanzar la felicidad pues, como la felicidad es fin del hombre, ésta debe responder a la naturaleza de este.**

2.EL MITO DE LA FELICIDAD

En la actualidad se nos presenta una peculiar forma de ver esa felicidad a la que nos reconocemos orientados. Una visión clara de ello lo refleja *M.González* cuando señala que: *En la cultura de hoy se nos repite continuamente que estamos en este mundo para pasarlo bien, para no sentir nunca aburrimiento, ni soledad, ni sufrimiento. Para muchos jóvenes, adultos y religiosos, la felicidad significa en cierto modo, crear una burbuja donde es posible vivir en un estado permanente de “gusto y contento”, situación que se contrapone a nuestra realidad porque pertenecemos al género humano y muchas veces sentimos soledad, aburrimiento, ansiedad, pasamos malos ratos, nos enfadamos* (*González, M. Retos de la cultura*

de hoy para la espiritualidad teresiana, España, 2015). Siguiendo las propuestas de la autora, se puede considerar que **nuestra sociedad** ha creado todo un sistema en el que se nos refuerza la idea de que **ser feliz es pasarla siempre bien, no carecer de nada, todo debe ser alcanzable y fácil de conseguir sin el menor esfuerzo**. Cada vez se evidencia menos tolerancia al fracaso o a las molestias que son propias de vivir y el sufrimiento –que tales limitaciones conllevan– se ve como el peor contrario de la felicidad que se pretende alcanzar. Para *González* «*este concepto de ser feliz o ser felices se ha hecho un verdadero ‘mito’ [...] tenemos que estar siempre felices, no es posible tener malos ratos, ni tener mucho trabajo, ni pasar soledad, ni vivir alguna renuncia... Eso impide nuestra felicidad*» (**M. González, Retos de la cultura...**). Esta noción de felicidad, pues, se hace **inalcanzable para el hombre**, se presenta como ajena a nuestra realidad y condición, formando una perspectiva donde **la felicidad se constituye como un mito**.

3.LA FELICIDAD POSIBLE

Frente a esta visión «mítica» de felicidad, el Aquinate ofrece una diferenciación importante: «*hay dos clases de bienaventuranza: una imperfecta, que se tiene en esta vida, y otra perfecta, que consiste en la visión de la esencia divina*» (**T. Aquino, S. Th., I-II, q.4, a**). **La felicidad perfecta no puede alcanzarse en esta vida** ni ser fruto del esfuerzo del hombre, pues es una acción que supera la naturaleza creada, Dios es su agente. Ahora bien, sí es posible que **podamos tener alguna participación en ella** pero no será de forma plena porque la bienaventuranza perfecta excluye todo mal y colma todo deseo, por ser el bien perfecto y suficiente y, en esta vida, siempre habrá males que son inevitables y deseos que no serán colmados en plenitud. A ello se suma que la visión de la esencia divina que conlleva la felicidad perfecta no se da en la materialidad de esta vida (**T. Aquino, S. Th., I-II, q. 5, a. 3.**). En la bienaventuranza imperfecta «*que puede tenerse en esta vida, puede adquirirla el hombre, por sus medios naturales, del mismo modo que también puede adquirir la virtud, en cuya operación consiste*» (**T. Aquino, S. Th., I-II, q. 5, a. 5.**). En este caso, el hombre se constituye como el agente al actualizar (convertir en acto)

la virtud. El hombre virtuoso es feliz porque coloca los medios más plenos que posee para que las potencias alcancen el fin último máximo que en esta vida puedan alcanzar. Si bien virtud no es sinónimo de felicidad, **su práctica nos puede predisponer para la recepción de la bienaventuranza perfecta.** En efecto, el ser humano, para conseguir el fin último que le es propio, empeña todas sus potencias hacia la plenitud que con ellas puede alcanzar, es decir, desarrolla la virtud para conseguir bienes interiores que le satisfacen en plenitud. En este contexto, los bienes exteriores se constituyen sólo como medios, nunca se alcanza la plenitud en ellos, pues su posesión es fugaz y caduca. *De forma más concreta, Aquino afirma que la felicidad o fin último del hombre no puede estar en los bienes externos por cuatro razones (T. Aquino, S. Th., I-II, q. 2, a. 4.)*

La felicidad es un bien sumo que aleja de todo mal mientras que **los bienes exteriores pueden ser buenos o malos.** - Como la felicidad es plenitud, después de ser poseída ya no debe faltar nada, sin embargo esto no ocurre con los bienes exteriores. - La felicidad por principio no puede dañar al hombre como sí lo puede hacer los bienes exteriores. - **La tendencia a la felicidad en el hombre es por naturaleza,** es decir por causa interior; los bienes exteriores responden a causas externas. Así entendido, las riquezas o bienes materiales se constituyen sólo como medios para mantener la naturaleza humana, el ser humano la busca en función de otro bien mayor que puede alcanzar con su medio, se buscan para un fin. Por otro lado, conviene advertir que si bien la felicidad produce placer, estas no se identifican pues el placer se siente por la posesión de un bien, pero no es ella misma la felicidad sino que la acompaña como un accidente. No tratamos aquí de un placer corporal pues, al obedecer a los sentidos, sólo están en relación a lo material, lo que constituye un bien mínimo comparado con el bien que puede ser conocido por el alma racional, el cual supera en gran medida los límites de la materia y, con ayuda del entendimiento, puede conocer lo universal. **De ahí que el ejercicio de la virtud que sirve para alcanzar la felicidad posible para el hombre no siempre esté acompañado de placer corporal, como cuando se busca el justo medio en la regulación de un bien arduo, pero no por ello deja dicho acto de estar orientado hacia el alcance de la felicidad.**

4. LA VIRTUD DE LA MAGNANIMIDAD

La virtud en el uso recto de una determinada potencia en el hombre se encarga de regular alguna de las tendencias que le son propias, por eso decimos que la virtud se encuentra en el medio entre los dos excesos: hacer un uso menor de la misma o sobrepasar la regulación del justo medio por exceso. La posesión de los honores es una pasión muy fuerte para el hombre, mueve en gran medida toda la acción que éste puede realizar, ofreciendo una gran resistencia a ser encauzada por la razón. En este contexto, la magnanimidad se presenta como una virtud necesaria para regular el honor, correspondiéndole encauzar al hombre hacia su uso con rectitud y mesura; y será más necesaria cuanto mayor sean los honores a los que se aspira: *La magnanimidad implica una tendencia de ánimo hacia las cosas grandes. Ahora bien, la relación de la virtud se considera bajo dos aspectos: uno, con la materia de su acto; otro con el propio acto [...] de ahí que se llame sobre todo magnánimo al que tiene el ánimo orientado hacia un acto grande. [...]. Pero absolutamente es grande el acto que consiste en el óptimo uso de una cosa óptima. Pero las cosas que usa el honor son las exteriores, entre las cuales lo máximo hablando en absoluto es el honor [...], se sigue que la magnanimidad tiene por objeto los honores (T. Aquino, S. Th., II-II, q. 129, a. 1.)*. La revisión del fragmento anterior muestra que la magnanimidad como virtud hace referencia a dos aspectos: por un lado, posee como materia de su propio acto al honor y, por otro, encuentra en la realización de alguna obra grande su fin propio. Esto último queda señalado en el nombre de la dicha virtud que refiere a la grandeza de ánimo. Dado que la magnanimidad tiene como su fin último la aspiración a realizar una obra grande y esta grandeza no es medida sólo por la apariencia externa de la obra, sino por su valor en sí misma, la magnanimidad nos lleva a aspirar a lo que es más grande en respuesta de nuestra propia naturaleza, encaminando hacia este fin el desarrollo de todas las potencias que poseemos. El hombre es un ser finito pero abierto a la trascendencia, posee la capacidad de aspirar a lo infinito y esta capacidad sería la más grande que posee el ser humano, pero esa aspiración como acto grande necesitaría la virtud de la magnanimidad

para permitir que el hombre se abra a una horizonte superior a sí mismo en cuanto y en la medida que le es propio. Atendiendo al fin de **la magnanimidad**, **Pieper** la define como *«el compromiso que el espíritu voluntariamente se impone a tender a lo sublime. Magnánimo es aquel que se cree llamado o capaz de aspirar a lo extraordinario y se hace digno de ello»* (**J. Pieper, Las virtudes fundamentales, Madrid, Rialp, 2003, p. 268**). En el mismo sentido, **Marin-Porgueses** refiere que en la aspiración que encierra la magnanimidad *«habría que distinguir el aspirar a los grandes honores (virtud de la magnanimidad), por un lado; y, por otro, los grandes honores como premio del ejercicio excelente de todas las virtudes»*. (**F. Marin-Porgueses, «En torno a la virtud de la Magnanimidad. La Magnanimidad según Santo Tomás en la Summa Theologiae», Studia Moralia, 45 (2007), p. 305.**) En otras palabras, la virtud de la magnanimidad la encontramos en la excelencia y el honor al que se aspira en el ejercicio excelente de las virtudes.

5.LA MAGNANIMIDAD COMO PROPULSORA DE LA FELICIDAD

Para moverse a realizar un acto virtuoso la persona tiene que conocerlo como un bien, un bien conocido conscientemente, libre y voluntariamente así es como la persona en cuanto tal pone todo su ser personal en juego para el ejercicio de tal virtud. La oposición al ejercicio de la virtud se expresa en el mal uso del objeto que esta regula, pudiendo suceder esto por un uso en defecto o en exceso de la misma. En la magnanimidad la ausencia de tal virtud puede desencadenar por exceso en la vanagloria, la presunción y la ambición; mientras que su defecto genera la pusilanimidad en el hombre. El magnánimo se considera digno de gran honor, pero tal consideración no puede ser sino en función de su propia dignidad. Por lo tanto, el magnánimo debe ser el mejor, de ahí que la magnanimidad exija la bondad, el magnánimo debe ser verdaderamente bueno, verdaderamente virtuoso. En efecto, *«Es difícil ser verdaderamente magnánimo, porque la magnanimidad no puede darse sin la bondad de la virtud, y tampoco sin una gran virtud a la cual se deba un gran honor. Alcanzarlo es difícil, de allí que le resulte al hombre ser magnánimo»*. (**T. Aquino, Comentario a la Ética a Nicómaco de Aristóteles, ed. 2001, párr. 511. 1249**) De lo anterior se desprende que la

magnanimidad exige que el hombre se oriente determinadamente hacia lo virtuoso y, con ello, hacia la felicidad que la virtud conlleva. Lo propio de la magnanimidad en este aspecto es que se inclina, por la aspiración que posee de la regulación de un gran honor que solo es propio de una gran obra virtuosa, una excelencia mayúscula en la virtud y con ello a una mejor orientación a la felicidad que pueda alcanzar el virtuoso. Esta máxima contribución hacia la felicidad mediante la virtud, se puede apreciar al analizar la relación que el Aquinate establece entre la magnanimidad y las demás virtudes. La magnanimidad, según este autor, está comprendida dentro de la virtud cardinal de la fortaleza; sin embargo, lejos de considerarla como una virtud secundaria, otorga a la misma un papel especial en el orden de las virtudes: *«A la magnanimidad parece pertenecer lo que es grande en cada virtud, porque no es digno de un gran honor el que no realiza un gran acto de virtud. Así, con respecto al acto de alguna otra virtud, la magnanimidad atiende a lo que le es propio»* (T. Aquino, **Comentario a la Ética...**, párr. 508.). De lo anterior se desprende que el magnánimo apunta en mayor medida a la felicidad que es la posesión de la perfección máxima en la cual el hombre se pueda involucrar, ya que apunta a lo honorable no en relación con la consideración de la opinión sino que, sobrepasando estas opiniones, apunta a la valoración objetiva de la esencia de los bienes y se encamina a aquellos que son dignos de gran honor como lo son las obras virtuosas, tanto más en tanto más grande sea en la virtud. La virtud de la magnanimidad inclina, como fin propio del ejercicio de la virtud, hacia una obra grande, para la cual –tal como lo refiere el término “magnanimidad” – brinda una grandeza de ánimo para poder luchar por el alcance de un bien arduo que sea grande en sí mismo. Esta grandeza encierra la perfección de lo que se aspira y lo más perfecto a lo que puede aspirar el hombre es la felicidad. Atendiendo a lo expuesto, dado que la magnanimidad es una virtud que juzga rectamente de las obras más grandes que puede realizar el hombre en tanto le corresponden a sí mismo, y la obra más grande en tanto encierra una mayor perfección es la consecución de su fin último que es la felicidad, la magnanimidad impulsa al hombre a la felicidad, ya sea al ejercicio de la virtud que permite orientarse hacia la felicidad imperfecta aquí en la tierra, como orientarse a la felicidad perfecta considerando la trascendencia de la que es

capaz el hombre. Esta trascendencia, que constituye la capacidad más grande que posee el ser humano, apela a querer conocer la esencia misma del ser que en su totalidad le es negada en la finitud de su vida. Si la felicidad es considerada como la obra más grande a la cual el hombre tiende por naturaleza, en tanto espera poner en acto la perfección de las potencias posee, la virtud de la magnanimidad es la que mejor orienta al hombre hacia esa obra grande y la mantiene en la consecución del alcance de la misma.

6.LA MAGNANIMIDAD EN SANTA TERESA

Santa Teresa de Jesús (1515-1582) es reconocida por su gran vida mística que le llevo a su gran y profunda unión con Dios. Su vida de oración en la que encontró el medio más pleno para llegar a esta gran cima ha sido reconocida como un camino por el que toda persona puede seguir en esa búsqueda. Sin embargo, tal como ella misma lo plantea no se puede pretender llegar al alcance de esta vida de oración contemplativa sin el ejercicio de las virtudes. Esta santa nos ofrece, pues, desde el propio ejercicio de las mismas, una ruta a seguir para poder imitar su ejemplo y alcanzar la felicidad que anhela el corazón del hombre y que, como ha quedado dicho, es posible conseguir en parte en este mundo. Con el ejercicio de las virtudes se va poniendo, en esa vida terrena, los cimientos para el alcance de la felicidad –que es, en grado sumo, la unión plena con el Creador, en el que todo nuestro ser alcance su fin último trascendental–. Una virtud que desatacó en la vida de Santa Teresa, y de la que nos deja ejemplo, fue la magnanimidad: *«Tenía Teresa grandeza de corazón, que es la virtud que llaman magnanimidad, y así no dudaba de emprender grandes y extraordinarias cosas, y salir con ellas, y de éstas gustaba mucho; las que eran fáciles y ordinarias, no la daban ese contento, ni se inclinaba tanto a tratar de ellas» (E. De Ossó, «Santa Teresa de Jesús», *Revista teresiana*, 3 (1872), p. 1.* Es la virtud de la magnanimidad la que por su propio dinamismo nos conduce al alcance de la felicidad en mayor medida, según se ha descrito anteriormente, por ello el ejemplo del desarrollo de esta virtud en Santa Teresa de Jesús ofrece para todos una pista despegue para poder imitar. En el ejercicio de la virtud de la magnanimidad Aquino (*T. Aquino, S. Th., II-II, q. 129, a. 3.*) *señala que sobresalen algunos rasgos en la conducta del hombre magnánimo que lo*

hacen digno de merecer la alabanza, entre ellos están: ser agradecidos pues ofrece una mayor recompensa en comparación con lo recibido; sólo hace las obras grandes no todas las que conviene; usa la ironía pues no muestra su grandeza, no es jactancioso; convive con todos cuando ello conviene. Por lo demás, sólo convive con sus amigos para no recibir adulación ni caer hipocresía; está inclinado siempre hacia las cosas honestas aun cuando estas tenidas por no provechosas pues en la contraposición entre lo útil y lo honesto prefiere esto último. En la vida y obras de Santa Teresa de Jesús quedan muy bien reflejadas la práctica de las virtudes: se mostraba como una persona de las más agradecidas, ella misma señala *«me parecía que era virtud ser agradecida y dar amor a quien me quería»*(**T. de Jesús, Libro de la vida, ed. 2014, 5,4,**)y para que no se crea mejor por agradecida, usa de la ironía para empequeñecer ante los ojos de los demás su virtud, de ello nos dice: *«Bien veo que no es perfección en mí ser agradecida; debe de ser natural, que con una sardina que me den me sobornarán»* (**Cartas de Santa Teresa de Jesús, ed. 1771, fragm. 81**). Siempre que recibía algún favor, por pequeño que sea en sus fundaciones o en el sustento de sus conventos, no dejaba de agradecerlo y así también enseñaba a sus hijas carmelitas: Den muchas gracias a Dios por tanta merced que nos ha hecho Su Majestad de quedar tan en gracia del General. Hagan alguna procesión y digan algo al Señor en acción de gracias, que ya no nos falta nada sino ser muy santas y servir a Dios con estas mercedes (**Cartas de Santa Teresa de Jesús, ed. 1771, cta. 71, 7.**). Como el magnánimo se orienta hacia la felicidad en mayor medida en tanto tiene como objeto un gran honor que es propio de su vida virtuosa, así dice a sus monjas *«andar con gran cuidado y atención mirando cómo vamos en la virtud»* (**T. de Jesús, Castillo interior, ed. 2014, V, 4, 9**). También, en Camino de perfección, muestra que para llegar al alto grado de oración que ella entiende por estar en camino de felicidad, es decir de unión con Dios, toda persona debe, antes de intentar llegar a las cumbres de esa unión, practicar las virtudes y especialmente tres: la caridad de unas con otras, el desasimiento y la humildad. Sobre la caridad nos refiere la santa: En amarnos mucho unas a otras va mucho; porque no hay cosa enojosa que no se pase con facilidad en los que se aman y recia ha de ser cuando dé enojo. Y si este mandamiento se guardase en el mundo como se ha

de guardar, creo aprovecharía mucho para guardar los demás; mas, más o menos nunca acabamos de guardarle con perfección. **(T. de Jesús, Camino de perfección (V), ed. 2014, 4, 5)**. Es una exhortación a darse del todo a los demás, en sus monasterios pedía: *«En esta casa todas han de ser amigas, todas se han de amar, todas se han de querer, todas se han de ayudar [...] Amemos las virtudes y la bondad interior»* **(T. de Jesús, Camino..., 4, 7)**. La santa pone **la base de este amor entre ellas en un amor superior**: *«Los que de veras aman a Dios, todo lo bueno aman, todo lo bueno quieren, todo lo bueno favorecen, todo lo bueno loan, con los buenos se juntan siempre y los favorecen y defienden. No aman sino verdades y cosa que sea digna de amar»*. **(T. de Jesús, Camino..., 40, 3.)** La segunda virtud que pide es el desasimiento, el desprendimiento que en principio implica el **desapego** de los bienes materiales, de las riquezas, de ello refiere: *Hora vengamos a tratar del desasimiento que hemos de tener, porque en esto está el todo, si se hace con perfección. Digo que en esto está el todo porque abrazándonos con solo el Criador y no se nos dando nada por todo lo criado, Su Majestad infunde de manera las virtudes* **(T. de Jesús, Camino..., 8, 1)**. Sabe que si **no se depende de la posesión de bienes**, el hombre queda más libre para tender hacia bienes de mayor estima. Asimismo, esta virtud involucra un **desapego de las personas**, en tanto que el cariño puede conllevar al ejercicio de actos por puro agrado de los otros, dejando de lado la virtud; además implica un **desasimiento de uno mismo** que viene muy emparentado con la otra virtud que propone la santa que es **la humildad**, pues el amor propio en exceso conlleva a encegucerse frente a lo virtuoso. De la humildad y su importancia Teresa de Jesús refiere: *«cada una mire en sí lo que tiene de humildad y verá lo que está aprovechada»* **(T. de Jesús, Camino..., 12, 6)**. La magnanimidad nos hace ser **realistas** en nuestra condición. Así se entra en consonancia con lo señalado por Pieper, quien relaciona la magnanimidad con la virtud de la humildad en tanto que ésta última virtud permite que la esperanza que encierra la magnanimidad responda a las propias posibilidades de la persona, ayudando a sentar los verdaderos límites de su realización, evitando que no se pretenda alcanzar más de lo que es posible. Además al conocer tales límites se puede establecer de mejor manera los medios para tal fin contribuyendo a que la realización de

los grandes ideales sea lo más plena posible, alcanzando lo esperado. De esta **manera la humildad y la magnanimidad están ligadas a la esperanza natural bien ordenada** (*J. Pieper, Las virtudes...*, p.368. Santa Teresa reconoce la importancia de la humildad cuando refiere: *«Y como todo este edificio va fundamentado en humildad, cuanto más nos vamos acercando a Dios mayor ha de ser esta virtud y si no, va todo perdido»* (*T. de Jesús, Libro de la vida, 12,4.*) El reconocimiento de los límites muestra la necesidad de conocer la verdad del ser del hombre para poder desarrollar la virtud, para poder saber hacia dónde aspiramos. **El hombre se hace hombre en tanto responde a su naturaleza.** Pero para responder a ella **necesita conocerla** verdaderamente, un conocimiento que abarca tanto lo exterior como un conocimiento hacia sí mismo, sólo así sabrá con lo que cuenta para ir perfeccionándose. Dado que la vida del hombre aspira hacia un fin y no es vacía o sin sentido éste debe encontrar en sí los medios positivos como las limitaciones que le acercan o alejan de tal fin. Santa Teresa tenía muy claro lo importante de tal conocimiento por eso dice en su Libro de su vida: *«El conocimiento propio jamás se ha de dejar [...] El conocimiento propio es el pan con que se han de comer todos los manjares, por muy delicados que sean, en este camino de oración [...], pero hay que comerlo con tasa [...]»* (*T. de Jesús, Libro de la vida, 13, 15.*) En su propia vida nunca dejó de experimentarlo por eso siempre se veía como la más ruin de todas, pero a la que el Señor había colmado de mercedes; esta verdadera humildad de la poquedad de su nada y de las gracias que posee, es lo que da a cada hombre le da seguridad de poner los pies en la tierra antes de aspirar a las cosas grandes y orientar los medios que le exija la virtud para tal fin. Ante ello se puede señalar que la consideración de la grandeza de la obra a la que está llamada de manera especial el magnánimo no puede ser tomada en tanto un absoluto a ser alcanzado por todo de igual manera y en la misma medida, pues las personas poseen diferencia en sus capacidades. Por ello, lo que exige el ser magnánimo será la consecución de lo óptimo con la aplicación del recurso óptimo que pueda ejercer cada persona, respondiendo a su naturaleza de aspiración a la plenitud pero contando con las condiciones que su realidad le enmarca. De acuerdo con esto santa Teresa pide a sus monjas que cada una se esfuerce al máximo por alcanzar el gran ideal que se

proponen como es llegar a la **unión con Dios** por medio de la oración, que para la santa constituye la **máxima bienaventuranza**, a ello las exhorta: *Volviendo ahora a los que quieren volver por este camino y no parar hasta el fin, que es llegar a beber de esta agua de vida, cómo han de comenzar, digo que importa mucho, y el todo, una grande y determinada determinación de no parar hasta llegar a ella, venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, trabájese lo que se trabajare, murmure quien murmurare, siquiera se muera en el camino no tenga corazón para los trabajos que hay en él, siquiera se hunda el mundo (T. de Jesús, Camino..., 21, 2)* Esta consideración realista de lo que es el hombre implica una confianza en sí mismo, pues no se fía tanto de los otros ni de los juicios que ellos emitan como opiniones. Mas esta confianza está referida a la confianza de poder alcanzar los grandes honores o realizar la obra grande emprendida, ella le da la seguridad necesaria para poder ejercer esta virtud. Así, Aquino coloca a **la seguridad como parte de la magnanimidad** en el siguiente sentido: *La magnanimidad implica seguridad para que aleje la desesperación por conseguir un bien arduo. Pues solo es laudable la seguridad en tanto nos da sosiego en lo que no conviene temer y en el momento oportuno. Sin embargo, esta seguridad no es total ausencia de temor, sino que implica un fortalecimiento frente a las pasiones (T. Aquino, S. Th., II-II, q. 129, a. 7.)* La santa abulense poseía tal seguridad, y también recomendaba tenerla a quienes dirigía, por ejemplo al respecto hablando de las diferencias entre los contemplativos y nos que no han alcanzado esta gracia les señala: *Los que no tienen gustos en la oración andan con humildad sospechando si es por culpa suya, pero siempre siguiendo pacientemente su camino. Apenas ven que los otros lloran una lágrima, si ellos no las tienen, les parece que van muy retrasados en el servicio de Dios y a lo mejor están más adelantados; porque las lágrimas, aunque son buenas, no todas son perfectas; en cambio, en la humildad y mortificación y en otras virtudes, siempre hay más seguridad. No hay qué temer, ni hayáis miedo que dejéis de llegar a la perfección como los muy contemplativos. (T. de Jesús, Camino..., 17, 4.)* **La virtud de la magnanimidad es la respuesta a la esperanza natural que posee el hombre.** El ser humano posee por naturaleza un impulso a esperar el alcance de las grandes aspiraciones que descubre es capaz de poseer. Así la

santa nos dice que no se debe apocar los deseos, sino que al contrario pretende incentivarnos a ser animas animosas, así nos dice: *«está claro que hemos menester trabajar mucho, y ayuda mucho tener altos pensamientos para que nos esforcemos a que lo sean las obras»* **(T. de Jesús, Camino..., 4, 1.)** La magnanimidad hace que la esperanza se conforme con la realidad propia y en base al potencial que éste posee lo lleva a aspirar hacia lo máximo en su capacidad. Aquino deja notar esto al mencionar: [...] *La magnanimidad se refiere propiamente a la esperanza de algo arduo. Por tanto, como la confianza implica cierta firmeza en la esperanza que proviene de una consideración que produce una opinión vehemente acerca del bien que se ha de alcanzar, se sigue que la confianza es parte de la magnanimidad*” **(T. Aquino, S. Th., II-II, q. 129, a. 6.)** Tal confianza es la que la santa fundadora ha mantenido a lo largo de su vida, como nos lo relata en el Libro de su vida al aconsejar: *«tener gran confianza, porque conviene mucho no apocar los deseos»* **(T. de Jesús, Libro de la vida, 13, 2.)** Una confianza que no sólo está ya en sí misma sino que descansa su raíz en un ser superior que le garantiza la posibilidad de llegar al fin, así en medio de sus dificultades al realizar sus fundaciones la santa nos dice: *«El ánimo no desfallecía ni la esperanza, que pues el Señor había dado lo uno, daría lo otro; ya todo me parecía muy posible, y así lo comencé a poner por obra»* **(T. de Jesús, Las fundaciones, 2, 6.)** La confianza es convicción que de por sí es parte de la fe, pues tener fe implica confianza en algo o alguien, aquí la confianza en que el bien es el adecuado, en que se cuenta con los medios, en que hay posibilidades de alcanzarlo, en primer punto es una fe humana como convicción de algo, pero también da luces de la necesidad de una fe que presente mayores certezas respecto a la aspiración a la grandeza de los bienes que es lo que da la virtud sobrenatural. Una fe como don de Dios que abre al hombre a la aspiración más trascendente como lo es la consideración de la bienaventuranza perfecta, pero cuya dinámica también ayuda en la consecución de la felicidad aunque imperfecta que ya se puede tener en esta vida.

7.A MODO DE CONCLUSIÓN

Frente a los nuevos mitos de la felicidad que la colocan en niveles tan inalcanzables en comparación con la visión realista del hombre, se descubre que una felicidad perfecta en toda su plenitud -como respuesta de todo lo que el ser del hombre está llamado a alcanzar- no puede ser actualizada en esta vida; mas ello no significa que no se pueda alcanzar una felicidad imperfecta en esta vida siempre que se desarrolle al máximo la pedagogía de la virtud. Dentro de las virtudes, la magnanimidad se presenta como aquella que potencia en mayor medida ese alcance de la felicidad puesto que sirve para regular el gran honor que al hombre le compete en la medida que es virtuoso (lo orienta hacia lo perfecto en relación a la bondad en sí mismas de las cosas) y brinda la grandeza de ánimo para emprender grandes ideales que sirven de impulso para alcanzar el gran ideal del hombre (ser feliz), siendo consciente de las potencialidades y las limitaciones que posee para ello. En esta dinámica santa Teresa de Jesús se presenta como una persona magnánima cuya vida rebosa de ejemplo del desarrollo de tal virtud, la que le permite tener esa grandeza de ánimo para emprender la gran obra de la Reforma carmelitana, pues ningún trabajo le espantaba, su ánimo parecía casi invencible para emprender cosas grandes, arduas y que parecían casi imposibles. Esto no sólo en las obras exteriores sino en mayor medida en tanto aspiraba como fin último a la unión con Dios, su Criador y Señor y para ello ponía todos los medios, sin escatimar esfuerzos, encontrando en el desarrollo de las virtudes un camino seguro para poder aspirar a tal fin. Nos deja así un ejemplo para seguir sus pasos por los caminos de la virtud de la magnanimidad y ponernos en marcha hacia el fin último que nos es propio: la felicidad.

BIBLIOGRAFÍA

ÁLVAREZ, Tomás, Santa Teresa. Obras completas, Burgos, Monte Carmelo, 2014.

AQUINO, Tomás, Comentario a la Ética a Nicómaco de Aristóteles, Navarra, EUNSA, 2001. —,

Suma contra los gentiles, México, Porrúa, 1991. —, Suma de Teología, Madrid, BAC, 2001.

GONZÁLEZ, María, Retos de la cultura de hoy para la espiritualidad teresiana, España, 2015. (http://www.stjteresianas.org/1%20MAESTROS_Teresa/Escritos/Retos%20de%20la%20cultura.pdf, consultado: 12/06/2015)

MARÍN-PORGUERES, F., «En torno a la virtud de la Magnanimidad. La Magnanimidad según Santo Tomás en la Summa Theologiae», *Studia Moralia* ,45(2007), pp.295-317.

OSSÓ, Enrique de, «Santa Teresa de Jesús», *Revista teresiana*, 3, 1872.

PIEPER, Joseph, *Las virtudes fundamentales*, Madrid, Rialp, 2003.

TERESA DE JESÚS, *Cartas*, Ed. de Joseph Dollado, Madrid, 1771.

Carmen Velazco Ramos Universidad ESAN

Beatriz Flores Jiménez Facultad de Teología Pontificia y Civil de Lima